

La historia del señor Picoletto

Mariel Anahí Pérez-Rodríguez
Roberto Oropeza-Tena

La mayoría de los cuentos inicia así: *‘Érase una vez...’*, pero este no debe comenzar de esa manera, ya que no *era* ni ha sido solo *una vez*. Tampoco esperes acción y dragones, aunque estoy segura de que por poco los podría obtener. Ni siquiera creas que se trata de una trama romántica, donde al final el amor triunfa. Quisiera poder escribir como esos novelistas que narran cada detalle y logran que el lector viaje y casi pueda oler los paisajes, pero no todos tenemos esa cualidad. Yo te voy a relatar una historia real, lejos de la ficción y que, muy probablemente, te resultará familiar.

La esquizofrenia puede tener muchas explicaciones y las anécdotas vinculadas a ella pueden resultar extravagantes y hasta fascinantes, pero la realidad es que duele, si bien no de forma física. Aunque un mínimo golpe en el dedo meñique del pie hace mucho daño, y no precisamente por la fuerza sino por la señal que los receptores de la piel mandan con rapidez al sistema nervioso central, digamos que la esquizofrenia lastima el alma y las personas que la padecen pareciera que gritan por ayuda debajo del agua.

Espero que con esta narración puedas viajar a través de mi escritura y dejes de ser solo un espectador para que, aunque sea por un momento, sepas lo que es vivir con esta enfermedad. Con ello, tal vez nos hagamos más sensibles, nos informemos sobre sus características y podamos quitarle la dureza, crueldad y discriminación a las que se asocia.

Te contaré un poco del señor Picoletto. Cuando era joven, escuchaba voces, a veces a lo lejos, a veces cerquita (como un susurro). Su familia le decía que eran *voces guardadas de aquellos que se han ido*, algo que él pensaba que era normal y pasajero. Con el paso del tiempo esos murmullos que antes oía de forma remota, sin dirigirse a nadie, comenzaron a hablarle directamente. Poco a poco, las voces se hicieron más constantes, fuertes y empezaron a insultarlo. Él no sabía qué le pasaba, ya que a cualquier hora del día (y de la noche) y en todo lugar el fenómeno se repetía.

Continuó con su vida sin prestarle mayor atención y no platicaba de esto ni con su esposa, pues temía que pensarán que *estaba loco*.

La vida del señor Picoletto se tornó sombría, no solo por las voces. Se sentía incomprendido, como si nadie entendiera lo que él escuchaba. Esa impresión se volvió tan persistente en su día a día que prefería quedarse en casa a dormir. A pesar de ello, no descansaba por el temor a despertar, ya que era cuando vivía sus peores pesadillas. Comía, pero el alimento le sabía distinto. Pronto tuvo un pensamiento: «Quizás alguien me esté envenenando». Esa pequeña idea, que podríamos llegar a tener todos, invadía por completo su mente y, paulatinamente, dejó de comer. Eso, junto con la poca socialización que ya tenía, hizo que bajara mucho de peso. Temía quedarse dormido y despertar en un entorno escalofriante. Y, por supuesto, no podían faltar las voces, en su mayoría apabullantes, insultantes y soeces, aunque en ocasiones también eran cómicas, tanto que no podía evitar reír a carcajadas.

Un día, cuando el sol coloreaba el horizonte con un naranja brillante, dirigió su mirada hacia el ocaso y sintió que una nube lo miraba con fijeza, como si se tratara de un campo magnético. Atrapado por esa vista que lo penetraba hasta el tuétano, se sintió absorbido y subió con rapidez a la azotea. Al hacerlo, levantó el pie izquierdo y el derecho con tanta agilidad que por un breve momento quedó suspendido en el aire, sin rozar el suelo, como si flotara.

Permíteme describir un poco el hogar del señor Picoletto. Se localizaba en un pequeño callejón estrecho, con el pavimento de cantera deteriorada, sucia y fría. En las orillas había viejas jardineras, construidas con tabiques ya desgastados, que con seguridad se vieron hermosas años atrás. La puerta era de madera antigua, con un gran cerrojo de pestillo que hacía mucho ruido cada vez que se abría, un sonido terrorífico si lo escuchabas en la oscuridad de la noche. Como ya tenía bastantes años viviendo ahí, esos ruidos le resultaban conocidos. En la entrada de la casa había un corredor de no más de un metro de largo; a la izquierda, una pequeña sala que más bien parecía una bodega por todos los tiliches que guardaba. La escalera, pequeña y húmeda, se encontraba del lado derecho y llevaba hasta la habitación. Allí había de todo, parecía un museo de artilugios tan antiguos que un pirata los podría reconocer con facilidad. Debajo de una cama sencilla se amontonaba una gran cantidad de platos sucios con alimentos descompuestos, por lo que la fetidez impregnaba todo el espacio. A un costado se hallaba un escritorio con una silla de madera, y en el techo una bombilla parpadeaba constantemente. Seguro había un corto en la instalación eléctrica, pero eso no importaba porque el señor Picoletto mantenía el mínimo de luz en su pequeña morada. La ropa, conformada sobre todo por pantalones y sacos (sus favoritos), se encontraba dentro del closet. Como una de sus puertas siempre estaba abierta, ya que tenía las bisagras vencidas, cualquiera podía ver las prendas. Al

fondo de la habitación, una frágil escalera de caracol tenía la única utilidad de subir a revisar la plomería, instalada en la azotea.

Cuando el señor Picoletto subió, vio la nube inmóvil y pensó que lo seguía mirando. Entonces, las voces omnipresentes le sugirieron brincar al abismo. Acercó las puntas de sus pies al filo de la barda; con sus botas desgastadas, llenas de lodo acumulado en el caucho de la suela y las agujetas sueltas, se preparó para saltar. En ese momento, el viento arrastró hasta su cuerpo un olor sutil que lo hizo retroceder. Aquel aroma le recordaba a alguien, quizá su esposa, quien había muerto hacía tiempo víctima de una enfermedad incurable. Pensó en ella: «Amada mía, cada día quisiera morir, espero que sea durmiendo, que me recibas con alegría y me hables así de bonito como solo tú sabías hacerlo».

El señor Picoletto no era una persona desagradable, ni siquiera decía malas palabras. Más bien era frágil, introvertido, callado, reservado y muy tímido. Sus vecinos lo ayudaban como podían. Algunas veces le llevaban comida; otras, cuando se quedaba encerrado en su habitación por largas horas (tanto que oscurecía), cerraban la puerta de la casa, que quedaba entreabierta. En general lo procuraban. Pero nunca faltan los villanos en las historias. La realidad es que, muchas veces, quienes no lo conocían se burlaban de él; lo llamaban ‘el loco’, ‘el hablasolo’, ‘el murmullos’, ‘el enfermo’. Lo trataban de la peor manera que uno pudiera imaginar. Cuando pasaba cerca de ellos, le escupían, se reían de él, lo empujaban. Algunas veces platicaban con él, pero no como tú crees. Cuando en su timidez se atrevía a contestar sus palabras, ellos simplemente lo humillaban.

Un día los villanos le dijeron en tono burlón: «—Picoloco, ¿sigue usted oyendo voces? ¿No será su esposa quien le habla?». Él los miró con lágrimas en los ojos; su piel emanaba nostalgia y con voz entrecortada contestó: «Ella es ahora un ángel que se ha vuelto un eco detrás de cada oído. Quien la escuche quedará hechizado». Ante esta respuesta quedaron atónitos, y como el sonido estrepitoso de una campana, soltaron una carcajada: «—¡Vaya a contar eso con el loquero!, acá nadie lo escucha».

El señor Picoletto se sentía juzgado, tenía temor de hablar y una soledad aplastante lo alejaba poco a poco de cualquier vínculo social. Recordaba por momentos su vida anterior, risas compartidas que quedaron guardadas en un vaso de cristal, recuerdos fugaces que se le escapaban lentamente. Sus remembranzas parecían fotografías, videos mudos que se distorsionaban y extinguían de forma irremediable con el pasar del tiempo.

Me aventuraré a decir que todos tenemos un baúl de los recuerdos que llenamos con nuestros pensamientos. Pareciera que se abre cuando traemos a la memoria alguna situación, sentimiento o emoción. Mientras lo hacemos el tiempo pierde su lógica, nos transportamos a un ayer donde se combinan palabras y emociones,

pero al cabo de un momento cerramos el baúl y lo que hemos revivido permanece dentro. Cada vez que el señor Picoletto se sumergía en las imágenes del pasado, cautelosas, un poco enmarañadas, empolvadas y, a veces, silenciosas, las iba distorsionando. Donde antes había un recuerdo alegre, que si tuviera un olor sería, sin duda, el de un algodón de azúcar de una feria infantil, ahora quedaba una imagen sumergida en tinieblas, opaca, mohosa. Al devolver aquella evocación al baúl, Picoletto la depositaba con tristeza, torcida y disociada. Así, con el pasar del tiempo, ni él mismo reconocía sus memorias.

Por la mañana no podía verse al espejo, le asustaba. Pensaba que aquel reflejo era un intruso, quizá algún villano que intentaba hacerle una mala jugada. Decidido, tomó lo que pudo, harapos en su mayoría y, sin pensarlo, cubrió esa superficie para no tener más contacto con su imagen, que le era extraña al instante de encontrarla. Sus párpados rugosos abrazaban cada vez más sus ojos perplejos; el escaso pelo permanecía despeinado, como si un cenicero le hubiese caído en sus canas blancas que brillaban; sus labios estaban agrietados, con fisuras de sequedad. «¿Quién eres?... ¿Por qué ya no te veo?», se preguntaba Picoletto cada vez que su reflejo lo tomaba por sorpresa. De noche, el insomnio llegaba con una gabardina negra, tenebroso, solitario, burlón, acompañándolo cada vez que la luna se hacía presente.

Se acumularon los días hasta volverse años. El señor Picoletto estaba cansado, envejeció. Yo no sé de qué murió, o si en realidad murió; dicen que los árboles no fallecen, que solo envejecen sus hojas. *Senescencia*, se le llama, y el término le viene bien a nuestro protagonista. Lo último que se supo de él fue que un día de otoño se sentó frente al televisor, tomó una hoja de papel y un lápiz. Su mirada se perdía en la inmensidad, tal vez pensando en otros como él, que tampoco entendían lo que les sucedía. Escribió: «Quiero ser un eco que llegue detrás de tu oído y te susurre con tranquilidad que nada está perdido si fuiste tú quien lo guardó». Esa nota la encontraron junto al televisor prendido y nunca más se volvió a tener noticias de su autor.

Y colorín colorado... creo que esperabas un final feliz, pero te advertí desde el principio que este no era uno de esos cuentos. La historia recoge miles de anécdotas reales de pacientes psiquiátricos, personas con esquizofrenia a las que, como Picoletto, día a día el tiempo se les va del reloj, del calendario. Su voz no tiene eco, aunque, irónicamente, sus ecos los invadan. Este relato presta voz a aquellos que no han sido escuchados, los incomprensidos, hablasolos, enfermos, locos. Pero ahora, todos podemos oírlos gracias a las voces del señor Picoletto.



Sin título (2025). Tinta sobre papel: Asdrúbal Max.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

MARIEL ANAHÍ PÉREZ RODRÍGUEZ. Licenciada en Psicología y Maestra en Estudios Psicoanalíticos por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), México. Sus líneas de investigación son psicosis, esquizofrenia y trastornos mentales. Psicóloga y psicoanalista clínica particular.

Correo-e: 0839210x@umich.mx

 <https://orcid.org/my-orcid?orcid=0009-0004-3182-3701>

ROBERTO OROPEZA TENA. Licenciado en Musicología por el Instituto Cardenal Miranda, México. Licenciado en Psicología, Maestro en Análisis Experimental de la Conducta y Doctor en Psicología de la Salud por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Profesor investigador de tiempo completo de la UMSNH. Editor general de *Uaricha. Revista de Psicología*. Pertenecer al Sistema Nacional de Investigadores, nivel I, además de contar con Perfil PRODEP. Sus líneas de investigación son: tratamientos cognitivo-conductuales en adicciones y en enfermedades crónico-degenerativas.

Correo-e: roberto.oropeza@umich.mx

 <https://orcid.org/0000-0002-2561-2164>

Recibido: 19 de octubre de 2023

Aprobado: 7 de enero de 2025



Sin título (2018). Tinta sobre papel: Asdrúbal Max.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.